

rida, y se le prendió al cuello, llenándolo de besos ardientes.

—No quiero tus besos; no quiero tu limosna—le gritó rechazándola. Y desprendiéndose de ella salió temblando de indignación.

El viento helado y la menuda garúa le azotaron el rostro en el desierto paseo.

Y, allí quedó paralizado, meditando el desbaratamiento de sus ilusiones, con la cabeza pesada; aturdido, descorazonado por la intolerable banalidad de las cosas. En su inmensa desolación, no veía sino la realidad amarga, esa especie de prostitución que había hecho de su virilidad.

Vió que la pasión triste y sentida que a él lo envolvía, no era en la hermosa rubia, sino la brutalidad del *acto*, el paroxismo del placer, la satisfacción bestial, el ondeamiento perpetuo y brutal de los deseos. Y él, el rebelde indomable, había sido instrumento, motivo de la curiosidad, del capricho, de la sensualidad de esa hermosa desgraciada, de ese espíritu roído por las perversiones de un ambiente de egoísmos, de perspicacias y relajaciones!

Era que la hermosa mujer encerraba en su ser íntimo, una anormalidad ética, una amoralidad nativa.

La tristeza invadió su espíritu sumiéndolo en un anonadamiento torturante y melancólico; como si la luz de su alma palidiese ante el dolor...

* * *

Después de la horrible y dolorosa lidia espiritual, Sorelo se replegó dentro de sí mismo, en una de esas reacciones laboriosas, en las que parece que todas las olvidadas sensaciones, de tristeza y alegría, dierran nuevas fuerzas al ser, comunicándole súbitas intuiciones.

Y, en esa lidia, los recuerdos también despertaban. Era cuando el estómago le gritaba la extraña sinfonía del hambre, el frío mordía sus carnes mal cubiertas, y un estremecimiento de dolor le recordaba las noches amargas del calabozo hediondo y húmedo, donde el furor burgués encerró al enemigo de sus tranquilas digestiones. Y allí, donde vivía refugiado con sus recuerdos, llegaba el vocerío agresivo de los infelices que tejían leyendas sobre su orgullo e infamias sobre su vida; exasperado el espíritu de rebaño contra el sublevado de la servidumbre sectaria...

Y, tras la sucesión pavorosa, la dulce remembranza... Rosa... el resplandor de aquellos ojos de cielo... los raros y atrevidos gestos de su alma... las gracias y secretos de su cuerpo armonioso... las horas de pasionales arrebatos, de voluptuosos delirios. Era que en el oscuro abismo de su alma, vivían ocultos en acecho, esperando la hora del desfallecimiento, para aparecer con arrebatos irrefrenables, la llama de la pasión, que revivía brutalmente los agujijones del instinto.

Pero irguiéndose sobre los tímidos amagos, y los vaivenes de su voluntad vacilante, pensó:

Las amarguras han sido un acumulador de mi espíritu. Cada dolor, cada descalabro, ha contribuido a la modelación de mi energía ansiosa de desplegamiento y de acción.

La personalidad es acero forjado en el yunque de las adversidades.

Las decepciones, los esfuerzos estériles son acicates, motivos de intereses, generadores de formas nuevas de acción; formas que son ante el pesimismo siniestro y tenebroso de la época, un himno viril, un himno inmortal y fecundo.

Esas lides prueban, cuánto debe y cuánto puede la voluntad en ese conjunto exasperador y triunfal, en medio de la multitud que explota y se arremolina en conjunto maquinal, en ausencia de un solo YO consciente.

Libre, en la soledad, de la tiranía del ambiente, sustraído al medio en que agosté mi personalidad, entre la grotesca colectividad, que, en extraña sugestión me hizo ir al paso trabajoso del rebaño; libre también de la pasión carnal extraña y enervadora, al fin veo surgir mi individualidad, fuera del límite de la época exhausta de corajes, resplandeciendo en la Verdad y el Acierto y regulando el equilibrio de mi conducta con nuevos puntos de partida.

Es que, fuera de la acción trastornadora de los egoísmos impacientes, del choque de intereses encontrados, he adquirido el sentimiento de mi insuficiencia, y debo ir anhelante en pos de la supremacía del pensamiento en la conciencia, la disciplina de la energía en la voluntad, haciendo de la eterna aspiración, el justificado ideal, el motor de mis acciones que, armonizando el desenvolvimiento de todas mis energías morales, irradian, iluminando las intensas modalidades de mi espíritu.

Pensó, el soñador pertinaz reivindicar la libertad de en medio de la diversificación de los sentimientos, del caos de la conciencia nacional. E ir con las demás energías morales a remover estas repúblicas que puebla una raza heterogénea, atormentada y dolorosa, plétórica de ensueños voluptuosos y de heroicidades estériles, que hace de sus pueblos amorfos, combustible en las nocturnas borrascas de sus motines sangrientos, donde surgen caudillos ignorantes, que las llevan a la ruina, con la inconciencia criminal de sonámbulos malditos!

Ir, con un bagaje de idealismos—que condensan las ansias del presente, las promesas del porvenir—a despertar las energías incógnitas, para dominar las fuerzas psíquicas, y hacerlas propulsor de la justicia y la fraternidad, provocando esas tempestades que desatan el conflicto entre las voluntades activas, y los que trafican con la ignorancia